

¿CUÁNTO HAY QUE PAGAR CUANDO UNA BALA  
PENETRA EN TU CEREBRO Y TE CONVIERTE  
EN UNA PERSONA DIFERENTE?

UN THRILLER DE

RAFAEL  
ALARCÓN  
ENTRENA



EL  
PRECIO  
DE UN  
DISPARO

edicionescarena

Jan Samper espera a que le abran la puerta principal del banco para salir. Buen fin de semana, Pedro, se despide del guardia de seguridad del turno de noche. Recuerda su nombre sin necesidad de mirar la plaquita metálica que luce en el bolsillo izquierdo de la camisa gris. Ha hablado con él tres o cuatro veces en los últimos quince días sobre nada importante en particular: el fútbol, el tiempo y la crisis. Buen tipo, no está de más que le tenga simpatía cuando venga la policía a hacerle algunas preguntas.

De todos los miembros del consejo de dirección, el único que alguna vez ha tenido una conversación con todos y cada uno de los empleados del banco con los que se cruza a diario, más allá de los típicos chascarrillos que los jefazos dedican a las chicas de la cafetería y que ellas aborrecen estoicas con una sonrisa, es él. Porque una palabra amable siempre se agradece, y Jan es el único de entre los gerifaltes que tuvo que currar para pagarse los estudios, hace ya veinte años. Y porque la policía vendrá, seguro. Cuando en un día o dos salgan publicados todos los trapos sucios de políticos importantes, empresarios y altos cargos de la administración, incluyendo policías, se va a liar una buena. Los mismos trapos sucios que viajan en forma de archivo de texto en el pequeño *pendrive* que descansa en el bolsillo interior derecho de la americana, lejos de la cartera, del reloj o del maletín, de todo lo que lleva a diario con valor, y que son una auténtica bomba atómica.

Por tercera vez en los últimos diez minutos la tentación de llamar a un taxi le provoca un ligero cosquilleo en los dedos de la mano derecha, pero decide, como hace en muchas ocasiones, volver a pie. El teléfono móvil lo deja apagado dentro del maletín. Al fin y al cabo, tan solo son veinticinco minutos de tranquilo paseo Diagonal abajo y luego Balmes arriba hasta el amplio y luminoso ático en el que vive desde hace diez años. Su piso, comprado con su sueldo, y del que se negó a irse hace año y medio más o menos, recién casado, cuando Julia y su suegro le propusieron mudarse a Matadepera, a un chalé cerca de la gran casa familiar, lejos de todas las escapatorias que le ofrece Barcelona para saltarse los peajes de estar casado con la hija de uno de los hombres más poderosos de Catalunya, si no el que más. Se sonríe mientras piensa en la cara que pondrá Arnau Maspreu, su suegro, cuando le comunique que, además de todos los datos incriminatorios de sus rivales políticos y de los empresarios que quiere tener atados en corto, también ha conseguido los que le incriminan a él. Por fin dispone de una poderosa arma con la que se puede liberar de los designios de Arnau y empezar a recorrer en solitario la senda del poder. Si más no, la recorrerá mucho más tranquilo sin el endemoniado estrés que le ha tocado sufrir el último año, en el que se ha desarrollado la gestación y, finalmente, la puesta en marcha de los planes que han desembocado en la incursión de Jan a hurtadillas en el despacho de Mesarrodonna hace tan solo una hora. Ha accedido al sistema informático con las claves de este, obtenidas gracias a su secretaria y a haberla engañado continuamente varios meses, asunto del que no se enorgullece. Al final ha podido obtener, de esa manera tan poco limpia por así decirlo, el valiosísimo *pendrive*. Y, además, con datos comprometedores de su suegro. Lo único que le sabe un poco mal es haber ocultado sus intenciones de obtener

información sobre Maspreu a Gerard, su mejor amigo y director del área de informática del banco, compinche en el plan original y pieza imprescindible en su elaboración. Pero eso ahora apenas le preocupa, tiempo tendrá para compensárselo. Un secreto deja de serlo en cuanto lo saben dos personas, y está convencido de que lo mejor ha sido dejarlo al margen.

Llega al cruce con calle Balmes inmerso en estas reflexiones. Al cruzar la amplia avenida que parece una tachadura en el plano de Barcelona para enfilarse el último tramo de su camino, se percató de que es la primera vez en muchísimo tiempo que vuelve a casa con la frente tersa. Se pasa las yemas de los dedos por el entrecejo y lo nota liso, sin arrugas ni tensiones. Sin dejar de caminar, echa un vistazo a su alrededor y deja que la esencia de la medianoche del viernes barcelonés le empape el ánimo. Se cruza con varios jóvenes grupos de gente y con otros no tan jóvenes. Se ve a sí mismo y a Julia disfrazados de alguna de las parejas de entre treinta y cuarenta años que han salido a cenar con los amigos y que ahora se disponen a irse de copas, a por el gin-tonic del local de moda. Decide que sí, que cuando llegue a casa, si Julia lo espera despierta, saldrán a tomarse un par de copas y a celebrar todo lo que va a conseguir con la operación de esta noche. Aprovechará para explicárselo todo y pedirle perdón por la tensión de los últimos meses. Cambiarán muchas cosas en la relación que van a mantener con Arnau a partir de ahora.

Ya en su portal, abre con llave. Se sorprende al comprobar que las luces siguen sin responder al interruptor. Normalmente, el portero nunca tarda más de un día en arreglar las pequeñas incidencias que aparecen en el bloque por culpa del paso del tiempo. Pero recuerda que está de baja, un energúmeno en bicicleta se lo llevó puesto el pasado martes o el miércoles y le causó un esguince de rodilla. Como siempre sucede, un contratiempo

generó otro que no lo sería de no ocurrir el primero: fue coger la baja el portero y quedarse sin luz el *hall* del edificio. Aun a oscuras, ese espacio lo saluda confortable. Intuye los cálidos y veteranos sofás de piel en la parte que queda a su derecha, la que era antaño la zona de espera de las visitas, el enorme mosaico de porcelana en tonos marrones claros y oscuros, una auténtica obra de arte, durmiente en la pared del fondo, la ristra de los enormes buzones de diseño, que a su parecer desentonan con el estilo sobrio general, mansos en la pared de su derecha. Lo acompaña el eco de sus pasos, los tacones de madera de sus zapatos ingleses al percutir rítmicamente en el suelo de gres.

Al doblar la esquina de la izquierda donde nace el pasillo que conduce al reducido ascensor, una pistola sale a su encuentro. Es lo único en lo que pueden fijarse sus pupilas, atraídas magnéticamente por el cañón que lo mira directo a los ojos. Levanta los brazos para protegerse la cara y, en un tardío acto reflejo, intenta echar el cuerpo atrás. Un sonido que le recuerda la explosión de una bombilla de vacío, algo más seco, algo más agudo, simultaneado con un dolor muy intenso en el brazo derecho, reverbera por todas las paredes. Sorprendido, se agarra el brazo herido con la otra mano y mira estupefacto hacia su asaltante, anónimo al amparo de las sombras. Solo tiene tiempo de distinguir en un breve instante ropas anchas de chándal y una capucha, nada más. Nota como un espeso y tibio líquido resbala desde la sien derecha y se palpa con la mano. Sangre, abundante sangre. En pocos segundos la oscuridad atraviesa las córneas, se trasvasa desde la ausencia de claridad exterior hacia su interior y funde a negro cualquier visión, cualquier sentimiento.

Lo último que percibe antes de la total falta de luz y de calor es la mano asesina que arranca con brusquedad el reloj de su muñeca, le vacía los bolsillos externos de la americana, dando-

les la vuelta, y se detiene con cuidado en los bolsillos internos: vacía el izquierdo, del que extrae la cartera, y también vacía el derecho.

Adur Aballona espera en la acera de la calle Urgell opuesta a la Escola del Treball de Barcelona. Reflexiona sobre lo que le ha dicho el médico en el Hospital Clínic. Si bien las malas noticias no han sido del todo inesperadas, sí es preocupante la velocidad a la que se acerca la decisión que debe tomar. No amputar o amputar. Vivir con la espada de Damocles de una posible complicación que lo mate en cualquier momento, si no le deja inútil del todo, o perder una de las dos extremidades inferiores para siempre. Hace un par de meses que lo situaron en esa encrucijada, pero no le dijeron cuándo pasaba el último tren de la amputación, ese al que no está dispuesto a subirse.

Álex lo llamó por la noche y le pidió que le acompañara esta mañana para comentar un caso, a ver si podía echarle una mano. Como si él estuviese en disposición de ayudar a nadie. Al tener visita en el hospital a las ocho y media, quedaron que lo recogería hacia las diez en Urgell, que le pillaba de camino. La visita ha durado menos de lo que se esperaba. Para qué iba a durar más si la cosa está clara. Ha tenido tiempo de pasar por la farmacia de la esquina de Villarroel a comprarse los parches de fentanilo, entrar en una cafetería que le quedaba a mitad de camino, tomarse un carajillo con el doble de whisky y azúcar que de café y pegarse uno de los adhesivos cargados de opio en el deltoides izquierdo. Y ahora está ahí, acera arriba acera abajo, cojeando a la espera de que el chute empiece a hacerle efecto antes de ceder

a la tentación de pegarse otro en el brazo derecho, setenta y una horas y media antes de tiempo.

Mira el reloj: las diez y cinco. Se enciende un Marlboro y después de dos caladas rápidas se caga en el subinspector Alejandro Torres al ver su coche acercarse. El BMW X3 de Álex se detiene en doble fila a su altura a la vez que hace sonar innecesariamente el claxon. Abre la puerta del copiloto para subirse y tiene que esperar unos segundos a que su amigo recoja unos cuantos papeles y los tire al asiento de atrás, encima de la sillita para su hijo pequeño, mientras con una manzana en la boca le hace gestos para que se suba.

—¡Ni se te ocurra meter el cigarro en el coche! —saluda Torres a modo de buenos días, a lo que la respuesta de Aballona consiste en lanzar lo más lejos posible el cigarro casi entero y girar la cabeza hacia la acera para soltar el humo por nariz y boca a la vez mientras toma asiento—. Gracias, Adur.

—¿Qué tal, Álex? —encajan las manos protocolariamente.

—Bien, bien. ¿Y tú? ¿Qué te ha dicho el médico?

—Nada que no sospechara. Que me vaya concienciando para perder la pierna, que o me la amputan o más temprano que tarde se me va a formar un coágulo de puta madre que acabará en los pulmones y la embolia consecuente sí que puede meterme en la caja —escupe sarcástico Aballona.

—Me cago en la puta... Joder, lo siento, tío. ¿Y qué piensas hacer?

—No lo sé... Solo tengo claro que no estoy dispuesto a perder la pierna. Todo lo demás me la suda bastante ahora mismo.

—Podrías empezar por no hacer el gilipollas y dejar de fumar y de meterte whiskys a primera hora, que eso seguro que no le hace ningún bien a tu pierna —le recrimina Álex como si fuera el mayor de los dos y no diez años más joven que él, con la condes-

cendencia del tito enrollado que sabe lo que te conviene pero no quiere regañarte, con la autoridad moral del que a los cuarenta años lleva diez sin acercarse a un pitillo cuando antes se metía en el cuerpo un paquete de Goldcoast al día como si nada.

—Álex... Lo que tengo me puede matar fume o no fume, ¡no me jodas!

—Tú mismo, jefe. Ya eres mayorcito.

Enfilan en silencio la avenida de Sarrià hacia la Diagonal, en busca de Ganduixer, según indica el itinerario que les marca el navegador del coche, donde los tramos futuros alternan el color amarillo con el rojo en función del tráfico previsto. Aballona ve en la pantalla que faltan catorce minutos para llegar al objetivo.

—¿Dónde vamos?

—A la Vall d'Hebron —responde Torres—. Pilla una carpetilla azul de entre el montón de papeles de ahí detrás y mírate las noticias que hay dentro.

Aballona se estira entre los dos asientos delanteros para llegar a la carpetilla que le indica Torres. Más que una carpetilla, se trata de una cartulina azul cielo grande doblada por la mitad, con un dibujo a lápiz hecho por un crío que parece representar a papá, mamá, un niño, el sol y una casa. Muy bonito, sí, si las figuras no parecieran patatas con ojos y la casa una puta calabaza de Halloween. Recuerda, inevitablemente, cuando su hijo Hugo hizo los primeros dibujos en los que se reconocieron él y su exmujer, casi diez años atrás, y le desea en silencio a su amigo que la vida no le lleve por los mismos derroteros por los que se metió él. Aunque tampoco cree que sea necesario, porque Álex es infinitamente más responsable de lo que él lo haya podido ser en ninguna de sus diferentes etapas vitales. Responsable, constante, inteligente y centrado. Ya apuntaba maneras cuando hace unos cuantos años entró en los Mossos y en seguida destacó. Por

aptitud, actitud y, sobre todo, por demostrar de forma natural que lo suyo era pura vocación, y no como muchísimos otros agentes, él el primero, que se metieron a policías por cobrar un sueldo fijo para toda la vida y seguir pegándole tiros gratis a una diana.

Repasa el contenido de la carpetilla. Son varios recortes de prensa sacados de internet con la crónica de la boda más sonada de los últimos tiempos en Barcelona: la boda entre Jan Samper, por aquel entonces, septiembre del 2008, director general de la Caja de Ahorros la Barcelonesa, y Julia Maspreu, la hija del presidente del Partido Conservador de Catalunya, Arnau Maspreu, el que posiblemente es el político catalán más relevante. Y eso sin haber ostentado cargo público alguno en los últimos veinte años. Los distintos medios coincidían en calificar el casamiento como uno de los más importantes a nivel económico de Catalunya, puesto que Maspreu conseguía, al casar a su hija con Samper, controlar la única de las cuatro grandes cajas de ahorros de Catalunya en la que no tenía a nadie de su partido en puestos de influencia en el consejo de dirección. En alguno de los recortes se hacía un buen resumen de lo que había sido la vida del novio hasta llegar a destacar en el mundo de la banca. Barcelonés de toda la vida, hijo de funcionarios, administrativo y maestra, se crio en el barrio de Sants. Expediente académico brillante: licenciado y doctorado en Económicas por la Universidad de Barcelona; máster en Dirección Comercial y Marketing; máster en Mercados Financieros. El tipo sabía de todo. Y todos esos títulos obtenidos mientras trabajaba en la Barcelonesa, donde entró de muy joven a hacer suplencias los veranos a través de una ETT. En la entidad, ascensión meteórica desde la atención al cliente en la ventanilla de la oficina a la dirección general. Por el camino, en la misma medida en que la caja de ahorros crecía a

ritmo de dos dígitos por año, como todas las entidades financieras del país en esa época de falsas vacas gordas, ocupó todos los cargos posibles (director de oficina, director de zona, director territorial, director de marketing, director comercial) siempre destacando por una capacidad excepcional para la gestión. Alto, guapo, moreno con los ojos azules, atlético y elegante. El yerno perfecto para cualquier suegra. En una foto de los novios ya casados, a la salida de la catedral de Barcelona cogidos del brazo, el tipo parecía un actor o un deportista famoso. Aballona se fija bien en la instantánea y constata que los novios conformaban una de las pocas parejas en las que la novia quedaba apocada al lado de su recién estrenado marido.

En cuanto a la novia, poca información que no se supiese antes de la boda por ser «la hija de». Repasa las distintas instantáneas en las que aparece y da la impresión de ser una niña mona, sin más, de las de la fiesta de Mecano. Bajita, delgadita, morenita... todo acabado en ita. Lee que se licenció en Filología y que tiene publicado algún libro de cuentos infantiles. Trabajaba en la fundación de la Barcelonesa como la cara visible de los diferentes proyectos sociales que se llevaban a cabo, como las aportaciones a hospitales infantiles. Hasta que empezó su noviazgo con Samper, momento en el que dejó el trabajo por no representar un problema para su futuro marido. Al menos, por la expresión facial que presenta en cada una de las fotos en las que Adur puede observarla, parece no haber heredado esa petulancia altiva que le rebosa a su señor padre por el nudo de la corbata cada vez que aparece en público.

—Vale —una vez repasado todo el contenido de la carpetilla Adur retoma la conversación—, ¿qué les ha pasado a los ricachones?

—A Samper le pegaron un tiro en la cabeza hace diez días y se despertó ayer por la mañana.

—¿Cómo? —la incredulidad deja a Aballona con la boca abierta durante un momento—. Joder... pues no me había enterado.

—Normal, la versión oficial es que estaba ingresado como consecuencia de un accidente. La familia política de Samper... su suegro, vamos, no quería tener un rebaño de periodistas dando por culo a todas horas delante de su casa o en el hospital.

—Todo esto está muy bien, pero... —Aballona deja en el aire los puntos suspensivos, como cuando en el pasado investigaron los primeros casos en los que participó Torres y él le guiaba hacia la deducción correcta con el ofrecimiento de esos silencios retadores.

—¿Por qué necesito tu ayuda? Por varios motivos. El primero de todos, para que salgas del puto agujero en el que has convertido tu casa y en el que intentas matarte poco a poco...

—No me toques los huevos, Álex, que no eres mi padre —Aballona salta realmente enojado ante la vuelta del paternalismo. No lo toleró del capullo de su padre, como para tolerárselo a su discípulo.

—Calla y escucha, Adur. No me toques tú a mí las pelotas ahora, anda. Haz un esfuerzo y cierra la puta boca mientras te lo explico. —Torres mira de reojo a su antiguo superior a la espera del gesto de asentimiento que llega al cabo de unos cinco segundos—. Te decía: para que salgas de tu casa y hagas algo que te saque de esta mierda de melancolía en la que te has metido con la putada de la pierna. Pero lo más importante no es eso. Te pido que me ayudes porque a Samper le metieron en la cabeza una bala del 22 corto.

Torres sabe que su presa se ha comido la carnaza. El silencio de Aballona, el entrecejo fruncido y la mirada perdida en algún

punto entre el salpicadero y el capó hacen que sepa a ciencia cierta que ha conseguido captar la atención de su amigo. Al cabo de un rato, Adur pregunta:

—¿Cómo sucedió?

—Samper volvía a su casa tarde, cerca de la medianoche. Entró en su bloque y un asaltante le esperó cerca del ascensor. Viven en uno de esos bloques de Balmes, por encima de Diagonal, que tienen el ascensor medio escondido. En cuanto se puso a tiro, el asaltante apretó el gatillo.

—¿Le dispararon directamente a la cabeza?

—Parece... Levantó los brazos para protegerse y tuvo la mala suerte de que la bala le pasó entre el radio y el cubito del brazo derecho y le entró en la cabeza cerca de la sien.

—Joder... ya es mala suerte.

—¿Por? —Torres sabe perfectamente la respuesta, pero suelta un poco de sedal para que la presa se confíe. Juega con Aballona para que el interés crezca en él.

—Álex... que ya lo sabes. Pero, bueno, por si se te ha olvidado te lo recuerdo. Ese calibre es muy ligero. Es cuestión de unos pocos milímetros arriba o abajo. Si Samper hubiese movido el brazo con mayor o menor rapidez la bala habría impactado de lleno en hueso. Si hubiese tenido esa suerte, muy probablemente el proyectil se habría fragmentado y no creo que le hubiese penetrado en el cráneo. ¿Contento?

—Va, no te mosquees, era para ver si aún estabas en forma o ya se te había olvidado lo tuyo.

—No se me ha olvidado, no. ¿Solo hubo un disparo? ¿Habéis recogido algún casquillo?

—Sí y no. Un solo disparo, cero casquillos. —Torres acompaña sus respuestas con el dedo índice hacia el techo primero y junto al pulgar, en forma de roscó, después.

—Doy por sentado que del Ibis no habéis sacado una puta mierda. Si tuvieseis algo no me habrías llamado.

—Efectivamente.

—Imagino que la bala sería de plomo.

—Plomo cobreado, sí.

—No me gusta, Álex. —Aballona se pasa las palmas de las manos por la cara y se frota los ojos antes de dar las explicaciones oportunas—. No me gusta. No tenéis absolutamente nada. Puede haber, como mucho, tres o cuatro personas en todo el país que hayan disparado más que yo con el 22 corto. Solo se usaba en competición, en pistola de velocidad, mi disciplina, y al tener tan poco retroceso se llegó a un punto en el que prácticamente las puntuaciones eran perfectas. A partir del 1 de enero del 2005 la federación internacional restringió su uso y se convirtió en un calibre que servía poco más que para matar gatos. Imagino que el asaltante dispararía con un revólver. Son muy pequeños, fáciles de esconder y, como ya te he dicho, sin retroceso. Y no te tienes que preocupar de recoger los casquillos. Y hay un huevo de revólveres del 22 corto sin registrar, que pudieron llegar hace un porrón de años vete tú a saber en qué barco.

Hace unos minutos que se han incorporado a la ronda de Dalt en sentido Besós y están a punto de abandonarla por la salida 4, la de Vall d'Hebron, camino del más reconocido de los hospitales de Barcelona, con la mítica torre del hospital infantil visible desde quilómetros.

—Álex... Estamos jodidos. Estamos muy jodidos. —Aballona no se percata mientras realiza esa afirmación de la sonrisa que Torres le brinda al retrovisor izquierdo del BMW, originada por el plural que ha utilizado su antiguo maestro.

Samper le acaba de pedir a Julia, su ¿esposa?, a Arnau Maspreu y a Gerard, su mejor amigo, que le dejen solo unos minutos. Necesita reflexionar y procesar toda la información que ha recibido después de la visita del médico, si es que eso le es posible a su agujereado cerebro, y de todo lo que le han explicado sus allegados. Palpa los puntos de sutura cerca de la sien derecha, con cuidado, como si quisiera comprobar si la plancha está caliente. Mira las dos caras del antebrazo derecho: más puntos de sutura, los agujeros de entrada y salida. Vuelve la vista hacia la ventana que queda a la izquierda de la cama y levanta la mano situándola a contraluz. Observa con detenimiento la alianza que luce en el dedo anular. Con el pulgar y el índice de la mano derecha saca el anillo sin esfuerzo y lo sujeta a un palmo de sus ojos. Lo hace rodar lentamente a lo largo del pulgar, arriba y abajo, arriba y abajo. Fija su atención en la fecha gravada en la cara interna en unos elegantes números en cursiva, separados por guioncitos: el veinte de septiembre del 2008. Esa fecha, que para todos parece haber sido tan importante, para él es el futuro. No sabría decir qué día fue ayer, su ayer, el último día que recuerda antes de este confuso despertar, pero calcula que unos tres o cuatro meses antes de ese futuro. Se sonríe, irónico, al mirar el anillo y percatarse de que al final elegirán el que le gustaba a Julia. Él prefería una alianza de oro amarillo de las de toda la vida, sencilla y brillante, conservadora. Una alianza que lo equiparara con las personas que forman parte de lo que él llama el tablero del poder. Su futuro suegro... No, futuro no. Su suegro, los directivos de las grandes empresas del país, algunos políticos de cada partido o los dirigentes de las otras cajas de ahorros y bancos. Las personas que mandan de verdad, muchas de ellas sin la necesidad de tener que salir por la televisión a hacer

campana y que no precisan acceder a ningún cargo público relevante para mandar.

Por lo que le han explicado Julia, su suegro y Gerard esta mañana, antes de que viniera el médico, ahora es el director general del banco que se formó con la fusión de las cajas de ahorros catalanas. En septiembre del 2008, cinco días antes de su futura boda pasada, Estados Unidos decidió no rescatar a Lehman Brothers, dejarlo caer. Por lo visto, las consecuencias han sido devastadoras a nivel mundial. La crisis originada ha repercutido en las entidades financieras de la mayoría de las economías mundiales. Normal, por otra parte. ¿Quién, aun siendo un avezado inversor, se resiste a lo bueno, bonito y barato? Nadie. Al final, la gran mayoría de instrumentos de inversión estaban expuestos, directa o indirectamente, al bueno, bonito y barato. A los duros a cuatro pesetas. Porque si el vecino invierte en algo que le renta de manera increíble, a ver quién es el guapo que no le pregunta para hacer lo mismo. Solo era cuestión de tiempo que la caída global del sistema financiero afectara a la economía mundial. Según su suegro, esta crisis puede llegar a ser la peor que haya visto. Y ha visto unas pocas. A Jan tampoco le afecta demasiado. Si lo piensa bien, se ha ahorrado la parte más fea de una fusión de cajas de ahorros como la que han vivido las cajas catalanas. Todas las reuniones previas y las negociaciones para ver quién se queda con qué asiento en el banco resultante. La lucha por el poder. Sonríe, irónico, al percatarse de que no se ha ahorrado nada: simplemente, no lo recuerda. No se le debieron dar mal esos días si ha acabado él como director general. A la práctica, la persona más importante para el funcionamiento del banco.

Si lo medita un poco, aunque sea al ralentí, eso no es lo que más le preocupa ahora mismo. Le enfurece saber que cualquier

caco con una pistola de feria puede pegarle un tiro en la cabeza dentro de su bloque, en su casa. Piensa sobre eso, se concentra, intenta enfocar su mente en el análisis de ese hecho. ¡Joder! Por una puta cartera y un reloj no hace falta pegarle un tiro a nadie. Con pedirlos se los habría dado. ¿Cuánto dinero se pudo haber llevado el que le atacó? ¿Cien? ¿Doscientos euros? No, él no lleva casi nunca dinero en efectivo, todo lo paga con tarjeta. Y el reloj era bueno, pero tampoco tanto como para llegar a ese extremo. Mira el anillo aún en sus dedos. ¿Por qué no se llevó la alianza? ¡Claro! Eso debe ser... El atracador quería quitarle la alianza y él se negó. Es posible que se le encarara y todo. Le pegó el tiro, se asustó y se fue por patas con el escaso botín. Cabrón. Se llevó calderilla y a él le han robado dos años de vida. ¡Hay que joderse!

Vuelve a poner la alianza en su sitio, en el anular izquierdo. Recuesta la cabeza en la almohada cansado del esfuerzo al que ha sometido su mente en los últimos minutos. Es una de las cosas para las que le ha advertido el médico. Los primeros días tendrá dolores de cabeza, le costará concentrarse, pero, a medida que pasen los días y la herida de su cabeza avance en su curación, remitirán. Cierra los ojos e intenta destensar el entrecejo, alisar la frente para así despejar la cabeza. Nota cómo una suave somnolencia le vence progresivamente en la misma medida que una extraña sensación crece dentro de él. Se duerme justo después de identificar qué es: la sensación de haber perdido algo que no sabe identificar y que está convencido de que antes tenía. Algo que definitivamente no es solo la memoria.

Arnau Maspreu espera educadamente a que se sienten las otras dos personas que entran al despacho del doctor Brachs,

uno de los tres mejores neurocirujanos del mundo. Primero su hija Julia, que atiende a la invitación del médico, y después el propio doctor. Los tres han dejado a Jan tranquilo en la habitación, en un merecido descanso, después de haberle explicado su situación con calma a lo largo de una interminable hora. Ya tenía ganas de que su yerno fuera capaz de entenderla después de pasarse más de un día semiconsciente, desorientado, y de haber mostrado los primeros síntomas de la amnesia. Se desabrocha el botón de la americana azul marino y toma asiento, relajado. Busca la forma de que la máxima superficie de su espalda esté en contacto con el respaldo de la rígida silla, tarea que realiza de forma automática desde no recuerda cuándo. Un día descubrió que la mejor forma de sentarse y de hacer valer toda la autoridad que imponía su alta figura, delgada, siempre vigorosa y elegante, consistía en no estar demasiado cómodo. Eso le permitía no relajarse nunca y estar siempre dispuesto a que su ingenio y rapidez de pensamiento estuviesen a su disposición sin incómodas demoras.

El doctor Brachs les ofrece, con una voz gruesa y monótona que no parece que pueda salir de un cuerpo menudo como el suyo, la misma explicación que ya les hiciera el día anterior. Inicia el relato con su alabanza a la fortaleza de Jan, sorprendido por lo rápido que se ha recuperado y por las pocas secuelas a nivel psicomotriz que parece que va a tener. Como el alumno aventajado que siempre fue, capaz de hablar con el compañero de pupitre y de prestar atención al profesor, se permite, ante la lección ya conocida, centrar sus pensamientos en la revelación que le ha hecho un preocupado Gerard esa misma mañana: su yerno extrajo, junto con los datos de todas las personas de la lista que les facilitó a Jan y Gerard, datos que pueden incriminarlo a él mismo. Maldito malnacido. Lo peor es que

no hay rastro del puñetero *pendrive*. Y no tienen idea de en manos de quién puede estar. Porque él siempre ha creído en el piensa mal y acertarás, así como nunca lo ha hecho en las casualidades. Y le parece una casualidad demasiado grosera que a su yerno lo atracaran la misma noche del robo de los datos y que no se sepa nada de los mismos. ¿En qué pensaría Jan para introducir su nombre en la lista? ¿Por qué demonios querría obtener información que podría perjudicarlo? Y la pregunta del millón: ¿para qué? Cabe la posibilidad de que, por su cuenta, buscara un comprador y así obtener un beneficio solo para él. Pero han pasado ya unos cuantos días y la información no se ha publicado. Demasiados interrogantes que gracias a la inesperada amnesia van a quedar sin respuesta. Al menos por el momento. El doctor ya les explicó que en estos casos no había una fórmula mágica para pronosticar el retorno o no de esos recuerdos evaporados. Ni métodos infalibles para favorecer una posible recuperación. En el caso de Jan se unen el *shock* propio del atentado sufrido con la herida física en su cerebro.

—Papá, ¿has oído lo que acaba de decir el doctor? —La voz de Julia lo saca de su ensimismamiento de forma abrupta.

—Perdón, doctor, no he acabado de entenderlo. ¿Le importaría repetir esto último? —Recorre ágil a uno de los muchos trucos de que dispone dentro del catálogo de la veteranía.

—Sí, como no. Les decía que la evolución emocional del señor Samper es una incógnita. La afectación de la amígdala cerebral no tiene unas consecuencias bien definidas o concretas. El daño creemos que ha sido el mínimo posible si tenemos en cuenta el reducido tamaño del proyectil y el éxito de la intervención quirúrgica para extraerlo. Pero estamos en un terreno algo inexplorado.

—¿Qué quiere decir, doctor? —La voz de su hija le suena preocupada pero firme. Madura. Más de lo que se hubiese imaginado. Algo parecido al orgullo se asoma a la percepción que tiene de ella mientras la observa atenta a las explicaciones del doctor.

—La amígdala es una región del cerebro que está implicada en las emociones y en la toma de decisiones —el doctor Brachs hace una pausa en la que claramente busca las palabras adecuadas para explicar de manera sencilla lo que quiere decir—. Podríamos decir que es como el centro de control de las emociones y de los sentimientos. Controla las reacciones que tenemos de satisfacción o de aversión respecto a las emociones que experimentamos. Pero no podemos predecir cómo afectarán a todos estos procesos los daños que ha recibido su marido.

—Pero ¿qué quiere decir? ¿Se va a convertir Jan en alguien sin emociones? ¿No va a ser capaz de sentir nada?

—No, no he dicho eso. Lo que quiero decir es que no podemos predecir cómo va a tener esas emociones ahora. Es posible que no tenga cambios o que estos sean mínimos. Pero también es posible que sea una persona totalmente diferente en ese aspecto. Es posible que experiencias que antes vivía intensamente ahora no le provoquen emoción alguna y que, por el contrario, experiencias que hasta ahora no despertaban en él una gran respuesta ahora tengan una magnitud mucho mayor.

—Lo que quiere usted decir, doctor —Maspreu interviene para que su hija vea que él ya ha entendido lo que quiere decir Brachs y que no hace falta preguntar más por ese camino—, es que sabremos cómo se ha visto afectado a medida que Jan experimente las distintas situaciones que se va a encontrar en su día a día, ¿verdad que sí?

—Sí, así es, señor Maspreu.

—Y en cuanto a la amnesia, ¿podemos hacer algo? ¿Le enseñamos fotos o vídeos de estos dos años que parece haber olvidado?

—No pierden nada por hacerlo, pero sí les aconsejo que sea algo que a su yerno le venga bien hacer. No lo atosiguen, ni lo fuercen a hacerlo. Propónganselo y, si él acepta, háganlo. Pero que no represente un foco de frustración.

El doctor prosigue con la explicación de los cuidados que deberán darle a Jan una vez reciba el alta hospitalaria, que no cree que se demore demasiado, momento que Maspreu aprovecha para regresar a sus cavilaciones. Piensa en la conveniencia de explicarle a Jan todo el tema del robo de los datos bancarios, si es posible que esa información pueda suponer una ayuda para que recupere la parte perdida de su maldita memoria. Pero vete a saber cómo demonios puede reaccionar. La única certeza que Maspreu tiene ahora mismo es que el malnacido de su yerno tenía planes propios cuando decidió robar información que podía perjudicarle a él. Y que la mente de ese traidor es ahora una puñetera ruleta rusa.

Cuando Álex se dispone a llamar a la puerta de la habitación de Samper se dirige a ellos un hombre al que no han prestado atención, de unos cuarenta años, rubio, de metro ochenta y tres más o menos, con gafas de pasta azul marino, ancho de espaldas, estrecho de cintura y cubierto con, según los cálculos de Aballona, como mínimo dos mil euros en ropa y complementos (los zapatos no bajan de trescientos pavos seguro, y el doble el Rolex que luce en su muñeca).

—Subinspector Torres, ¿verdad? —Le ofrece la mano derecha y la encajan firmemente, sin atisbo de esas blanduras que él tanto detesta.

—Hombre, Gerard Fontcuberta. ¿Qué tal? ¿Cómo se encuentra el señor Samper? ¿Sabe si podremos hablar con él?

—Pues ahora mismo duerme. Estoy a la espera de que vuelvan Julia y el señor Maspreu, que han ido a reunirse con el neurócrujano. Para lo de poder hablar con Jan creo que lo mejor será que lo discutan con ellos. No creo que tarden mucho.

—Perfecto. Esperaremos que vuelvan. Por cierto, este es el sargento Aballona, uno de nuestros mejores especialistas en balística.

Se saludan y Aballona comprueba en persona la firmeza del saludo. Aunque en esta ocasión dura algo más. Gerard Fontcuberta le mantiene la mirada con atención, algo soslayada y con los ojos entornados. La típica pose que uno pone cuando cree conocer de algo a alguien que, en principio, no debería conocer. Esa expresión que a mucha gente le desemboca en otra casi antagónica, como de alegría —los ojos muy abiertos, las cejas muy arriba, una amplia sonrisa—, cuando la conexión neuronal correcta tiene lugar y se identifica a esa persona que le resultaba familiar. Eso mismo sucede en dos o tres segundos, al cabo de los cuales Fontcuberta reacciona tal y como Adur se esperaba.

—¡Aballona! Aitor Aballona, ¿verdad? ¡El tirador olímpico! ¿Dónde fue? ¿En Atlanta? ¿Sídney? Quedó cuarto, si no me equivoco...

—Fue en Atlanta, sí... Y no es Aitor, es Adur.

—Perdone, uno escucha un nombre vasco y lo guarda como Aitor, Patxi o Iñaki casi por defecto.

—No pasa nada, le mentaría si le dijera que es el primero que me llama Aitor. Aunque tampoco suelo encontrarme con gente que me reconozca. ¿Es usted aficionado al tiro? ¿O simplemente un friki de los deportes? —Aballona intenta que sus preguntas no suenen demasiado inquisitivas. Se le han activado los sensores

de policía que llevaban unos meses adormecidos y no deja pasar la ocasión de iniciar de forma subrepticia el interrogatorio a un posible sospechoso. No es muy frecuente encontrarse a gente aficionada al tiro olímpico y, si el tal Fontcuberta lo es, Aballona le va a encasquetar un montón de papeletas para la rifa del culpable.

—Aficionado, aficionado... En casa siempre hemos sido socios de clubs de tiro y yo hice mis pinitos de joven con la pistola de velocidad, pero nada del otro mundo. Eso fue un tiempo antes de que usted despuntara, hace unos veinte años, madre mía... ¡Ya me hubiese gustado tener su puntería!

—Bueno, tampoco se vaya a creer que yo era tan bueno. Tuve suerte en la época correcta y ya está.

—Venga, venga, eso es falsa modestia y usted lo sabe. —Fontcuberta simula darle un golpecito con el codo en las costillas, apenas hace el ademán, en un claro intento de establecer algún tipo de complicidad con alguien a quien seguramente admira o admiró—. Si le soy sincero, y perdóneme el atrevimiento, mi padre estaba convencido de que se traía una medalla para casa. ¿Se lesionó o algo?

—No pasa nada, no se preocupe. Se lo digo, pero no se lo cuente a nadie... —Adur hace el gesto de acercarse para hacerle una confidencia, con una medio sonrisa que vaticina algún chascarrillo—. Lo que pasó es que la noche antes de la final se me vino a la cama una nadadora francesa que resultó ser la prima del gabacho que acabó ganando el bronce.

—¡Vaya putada! —se carcajean ambos, con Torres de testigo intentando adivinar adónde quiere llegar Aballona con esa camaradería forzada tan bien interpretada.

—No, no se crea..., de putada nada. Si volviera a aquella noche le aseguro que no cambiaría a Nicole por una mierda de

bronce. Ni por la plata. Si me garantizaran el oro a lo mejor sí que me lo pensaba y la mandaba a la mierda. Pero es que Nicole era mucha Nicole, se lo aseguro. Déjeme que le pregunte algo, Gerard. ¿Aún conservan sus armas del 22? —pregunta en plural, seguro que en la familia tenían más de un arma.

Tal como formula la pregunta es consciente de que Fontcuberta se va a poner en alerta. El lenguaje corporal del amigo de Samper así se lo indica, aunque parece no ponerse nervioso en exceso. Simplemente, el cazador Aballona ha salido de su escondite y su presa ya lo ha detectado. De reojo percibe una medio sonrisa de reproche en la cara de Torres que le suena a un «coño, Adur, has perdido facultades» que le duele incluso más que la pierna por la carga de condescendencia que le transmite.

—Pues no sé si mi padre aún las conserva, la verdad. Yo no. Yo me pasé hace tiempo a la 9 milímetros.

—Vaya, otro al que le gusta Jack Bauer. —Adur aprovecha esa información para hacer una gracieta que consigue su objetivo y, ahora sí, ríen los tres—. ¿Compite en IPSC o simplemente le gusta quemar balas?

—Bueno, compito en algunos concursos. Dentro de un par de semanas organizamos uno en el club. ¿Por qué no se apunta? Nos vendría muy bien que alguien como usted participara, la verdad, y no me costaría nada hacerle un hueco.

—Me lo pensaré, pero no le aseguro nada.

—Tenga mi tarjeta. Ya sabe, si le apetece pasar un buen rato, llámeme.

Fontcuberta se disculpa y atiende al móvil aduciendo motivos de trabajo, circunstancia que aprovecha Torres para llevarse a Adur aparte para charlar un rato. Le comenta, principalmente, que sea algo más discreto con las preguntas que les vaya a hacer a las personas que esperan. La principal vía que trabajan en el caso

es el atraco, y no conviene que, en un hospital y sin abogados cerca, tengan la sensación de que la policía les pone una mirilla encima. Sobre todo, en el caso de Maspreu, que está de vuelta de todo y tiene poder suficiente como para hacer que les caiga un buen rapapolvo. Incluso de hundirles la carrera. Además, le recuerda su condición de asesor, o ayudante, o como le salga a Torres decirlo cuando hable con ellos, y no quiere recibir ninguna bulla de los de arriba por habérselo llevado de paseo. Aballona disimula a duras penas la mala hostia por los reproches y, con la excusa de estirar la pierna después de estar tanto rato de pie, se va a dar un paseo por la planta a la búsqueda de alguna máquina de la que sacar un café o un refresco que lo sature de cafeína.

Cuando la encuentra, después de pensárselo un rato, elige una Cola Zero. No por hacer bondad y reducir la dosis de azúcar que tan poco le conviene. Lo hace por evitar la mirada de desaprobación de Álex. Ya está hasta los cojones de que le reprochen todo. Pues claro que no le conviene el azúcar. Ni el alcohol. Ni el tabaco. Hasta el café tendría que reducirlo al mínimo. Pero le da por culo que se lo recuerden a todas horas. Es su puta vida. Y no piensa dejar de hacer lo que le da la gana por mucho que se lo digan el médico, su exmujer, su hijo o su único amigo. Ellos no saben lo que es tener la certeza de que vas a ser un inútil hagas lo que hagas, decidas lo que decidas. Ellos no pueden meterse en la cabeza lo que es que a tu puta pierna le dé un infarto. Que sí, que eso le puede pasar a mucha gente, cierto. Pero lo que no le ocurre a casi nadie es que además la cabrona decida no recuperarse y mostrar una tendencia suicida a repetir cíclicamente episodios de ese tipo. No pueden saber lo que se siente cuando ese tipo de dolencia es habitual en diabéticos, obesos y en otro tipo de enfermos con antecedentes vasculares y se es la excepción que confirma la regla, él, siempre delgado y

en buena forma, que nunca ha tenido un puñetero problema de salud pese a los excesos habituales. Ellos no saben lo que duele en lo físico y lo que hunde mentalmente saber que cualquier día no es que te vayas a morir, no, es que cualquier día te da un yuyu y te despiertas vegetal, inútil del todo.

Se sienta en una silla de la sala de espera más cercana a la habitación de Samper, desde donde Torres lo ve y le indica por gestos que no se preocupe, que avisará cuando lleguen la esposa y el suegro del tipo. Se masajea con cuidado el muslo, intentando relajar la musculatura que rodea la parte afectada por el último infarto. Si el problema fuera amputar la pierna de rodilla para abajo, posiblemente no dudaría. Pero toda la pierna, a sus casi cincuenta años, eso es una hijoputada, como diría el sargento de artillería Highway, su preferido. Los personajes de cine más conseguidos, los que más le gustan, siempre son los sargentos: el sargento Highway, el sargento Foley, el sargento Hartman, el sargento Rutledge, el sargento Urganey... hasta la sargento Callahan, pero por otros motivos, claro, piensa mientras se sonríe, socarrón. Siempre son los sargentos los personajes de verdad, los que saben lo cabrona que es la vida. Los que tienen la difícil misión de separar el grano de la paja. Siempre son ellos los que sacan lo mejor de aquellos que tarde o temprano les darán órdenes desde un escalón más alto. Un buen sargento es aquel que en la escalera del mando se queda en ese puesto intermedio para regular que el tráfico de subida sea el correcto. El que por veteranía, oficio o mero instinto sabe reconocer quién de los muchos que pasan por sus manos acabará siendo un oficial mucho mejor que él mismo, con los dotes adecuados para el mando. Y de paso, un sargento de ese tipo, de los de toda la vida, siempre conserva un cierto grado de confianza con el superior moldeado por él. La tranquilidad de poderle decir las cosas por su nombre,

con franqueza, con el sosiego de saber que sus consejos serán escuchados, aunque después las circunstancias obliguen a tomar otras resoluciones. No todo el mundo vale para sargento de los de verdad. Ha conocido a muchos que han pasado por su mismo escalón con la ambición de saltar rápido hacia el siguiente. No se lo reprocha, ni mucho menos. Álex fue uno de ellos. Pero es que Álex está destinado a acabar muy arriba. Por eso le molesta su paternalismo, el que se preocupe tanto por él, el que esté tan pendiente de hacerle ver las cosas solo a él, sin dejarlo en evidencia con los demás. Lo que le jode, en el fondo, es que Álex le hace ver casi de forma continua lo bueno que era en lo suyo y lo lejos que está de poder, tan siquiera, acercarse un poco a la persona que era antes. Y lo que le duele de verdad por dentro es tener la certeza de que ya nunca va a poder serla.

Se bebe casi dos tercios de la botella del tirón. Se obliga a sí mismo a no ceder al picor del gas frío que pugna por subir hacia sus fosas nasales y cede solo al final, cuando considera que está a punto de saltársele alguna lágrima. Enrosca el tapón con fuerza y ahoga un eructo al que obliga a salir por la nariz que se tapa con el antebrazo. Mira la botella, la agita para ver cómo la cantidad de líquido restante se convierte casi por completo en espuma marrón, y la encesta desde su sitio en la papelera que queda a metro y medio a su izquierda, haciendo bastante más ruido del previsto. Se encoje de hombros, indiferente. Al fin y al cabo, no hay nadie para quejarse o para llamarle la atención. Y si lo hubiera se la sudaría. Levanta la mirada hacia Álex y ve que le pide que se acerque, señal inequívoca de que las personas que esperaban están a punto de llegar. Se pone en pie y se despreza como si fuese capaz de crecer un par de centímetros en el intento, y se dirige hacia su amigo para entablar su primer contacto con los familiares de la víctima.

Arnau Maspreu le cae, al primer golpe de vista, aún peor en persona que la imagen preconcebida que tenía de él. De esas personas sabedoras del poder real que poseen y que no tienen ningún tipo de necesidad de esconder. Aballona hace tiempo que divide el mundo en distintos grupos según cómo las personas interactúan con estos seres poderosos. Las personas mínimamente inteligentes o algo experimentadas, la gran mayoría, lo captan a la primera y procuran no cruzarse en su camino; si son capaces de no tener ninguna relación con el poderoso, su vida transcurre por cauces tranquilos. Las personas imbéciles y chulitas, los milhomes que dicen los catalanes, no se percatan y salen despedidas fuera de la carretera como si las envistiera una gran máquina quitanieves –sal de mi camino insecto insignificante, diría el conductor con una sonrisa tranquila en la boca–, toman consciencia de su error cuando ya es demasiado tarde; con suerte aprenden la lección, aunque suelen reincidir por, precisamente, imbéciles. Y luego están todos los Adur Aballona del mundo, los gilipollas que, pese a saber de la condición del otro, les toca tanto los cojones que haya gente que pueda vivir tan arriba del todo, que tenga tanto poder sobre todas las cosas, que no tienen reparo en ponérselos de culo desde el primer minuto. Si además ya todo les da absolutamente igual, como es su caso, ni te cuento. Para quitarse de en medio a estos Aballonas, los poderosos necesitan algo más que una quitanieves, con lo que al final, cuando ganan, porque siempre ganan, lo que queda de la molestia que representa el gilipollas no son más que los restos. Hay unos cuantos Aballonas por el mundo: políticos, policías, jueces, periodistas..., incluso otros poderosos con buena conciencia. Pero todos tienen lo mismo en común: siempre pierden. Es posible que por el camino se consiga alguna pieza de caza menor –un corrupto por aquí, un mafioso por allá–, pero

siempre son elementos reemplazables, macetas que adornan la escalera que se sustituyen por otras más bonitas o más grandes o más fuertes. Algunos de estos Aballonas, cansados de perder, se despiertan un día y se pasan al Lado Oscuro. Bien por cansancio, bien por tener un precio definido. Dejan de ser un problema para los poderosos y se convierten en parte de la solución. Estos son los más peligrosos, por su condición de renegados, porque son los que mejor entienden el mundo dentro y fuera de la escalera, y conocen al nivel del instinto dónde están los límites de los Aballonas que continúan del lado de la Fuerza. En definitiva, no se puede luchar con reglas contra los que no respetan las reglas. Bueno, más bien contra los que dictan las reglas, las que rigen de verdad, no las que «nos hemos dado entre todos». Para Adur, Arnau Maspreu, definitivamente, es de los que dicta las reglas. Y tiene un montón de escribas para redactarlas, ponerlas por escrito e interpretarlas como mejor convenga.

Apenas atiende a las presentaciones. Estrecha la mano de Maspreu y de su hija cuando Álex lo indica. Mientras Maspreu les habla desde su casi metro noventa a través de unas gafas con la montura al aire discretas y con poca graduación, que muestran sin interferir sus penetrantes ojos oscuros, Aballona analiza a Julia. Parece que lo único heredado de él sean los ojos. Por la diferencia de altura, las facciones mucho más suavizadas y menos angulosas, nada agresivas, la clara diferencia en el tono de la piel, mucho más morena en ella, y una actitud natural de persona de segundo plano, apostaría la mitad de lo que le queda, que tampoco es mucho, a que la chica salió a la madre. Maspreu les explica que su yerno está amnésico, que es imposible que recuerde nada y que, por su tranquilidad y su pronta recuperación, sería mejor que no se le molestara. ¡Y un huevo! Que el tipo está amnésico no lo pone en duda, quién se iba a inventar

semejante cuento. Pero que se los quiere quitar de encima como el que espanta una mosca está más claro que el agua. Así que Aballona decide darle por culo de la manera más cabrona posible: incordiando a su hija.

—Disculpe, Julia, permítame una pregunta: ¿estaba usted en casa el día que asaltaron a su marido? —Maspreu se sorprende ante lo inesperado de esa pregunta. Por la reacción que intenta disimular el subinspector Torres, al que explicaba la amnesia de Jan, deduce que a él también. Se fija con detalle en el sargento que hasta el momento no parecía tener ni voz ni voto y cuando le va a contestar se le adelanta su hija.

—Sí, estaba en casa. Estaba a punto de acostarme.

—¿Y qué hacía, exactamente?

—Miraba una película en la tele.

—¿Qué película? ¿Lo recuerda?

—Sí, claro, pero... No entiendo a qué viene todo esto ahora...

—Julia busca a su padre con la mirada, como cuando de pequeña alguien se metía con ella en el parque y necesitaba su protección.

—Mire, sargento ¿Aballona? —Maspreu decide tomar cartas en el asunto y se dirige al fin a ese tipo delgado y desastrado, con el cuello de la camisa arrugado y unos pantalones que le van grandes, como mínimo una talla.

—Sí, Aballona, señor Maspreu.

—¿De verdad cree necesario hacer pasar a mi hija por esto? —intenta aplicar el tono más conciliador posible, aunque deja de fondo un reproche subliminal dirigido al subinspector, al que mira de reojo un breve momento cuando empieza a formular la pregunta.

—No sé a qué se refiere con «esto», señor Maspreu. —Vaya, por primera vez en mucho tiempo alguien le importuna. Y si no

se equivoca, que no se suele equivocar, es algo completamente premeditado.

—Mire, Aballona —omite deliberadamente el trato de sargento, para dejar bien a las claras lo poco que representa para él la categoría de su interlocutor—, verá... A mi yerno, por si no le han facilitado todos los detalles del caso, le atracaron y le pegaron un tiro en la cabeza. Resulta que al despertar ha perdido de su memoria, al menos, los dos últimos años de su vida. Da la casualidad de que eso incluye la boda de mi hija. Imagínes: el día más feliz de sus vidas, borrado como si no hubiese ocurrido. ¿De verdad cree que es necesario hacer pasar a mi hija por esto? —repite la pregunta despacio, con brevísimas pausas intercaladas entre las palabras, y muestra sin disimulo un aroma a enojo que impregna la atmósfera a su alrededor.

—Verá, Maspreu... Sigo sin saber a qué se refiere con «esto». Pero como no soy gilipollas, aunque se lo pueda parecer, le voy a explicar por qué le hago estas preguntas a su hija. —Aballona responde con calma, casi con desgana, en una actitud provocativa que le empieza a molestar de verdad, aunque siente curiosidad por la explicación que le vaya a dar—. En primer lugar, porque es mi trabajo. En segundo, porque la pareja de la víctima es siempre el primer sospechoso. Sobre todo, si el tiroteo tuvo lugar prácticamente en su casa. Y en tercer lugar, porque al ser usted quien es, estoy convencido de que nadie se ha parado a hacerles las preguntas que se le harían al panadero o a la pescadera.

—Bueno, hasta aquí hemos llegado —Maspreu no está dispuesto a tolerar una falta de respeto hacia su persona de ese calibre, por más que sabe que la argumentación del sargento es la correcta. Pero una cosa es saberlo y otra aceptarlo—. Subinspector Torres, le agradecería que cogiera a su sabueso y...

—*Moulin Rouge*. Estaba viendo *Moulin Rouge*.

Las miradas de los cuatro hombres convergen en Julia. La sorpresa de Maspreu es tal que se queda con la mano levantada a media altura con el índice a punto de señalar a Aballona, que es lo que iba a hacer cuando se ha referido al policía como al perro de Torres. Cuando recupera la compostura piensa en decirle a su hija que no tiene nada que responder a esos dos papanatas, que para lo que quieran preguntar pidan hora de visita y ya tendrán a los abogados en casa. Pero no le da tiempo. La voz de Aballona sale al paso de la respuesta de su hija y con maestría, no lo puede negar, cambia de registro por completo. De repente, el sargento no parece un policía insensible con ganas de sacarlos de sus sillas. Observa con atención como se le ha dulcificado el rostro y como su voz, de natural rasposa, se torna cálida y envolvente.

—Gracias, Julia. No quiero molestarla, de verdad. Cuanto antes nos quitemos este trámite de en medio, antes podrá estar centrada en lo que de verdad importa. ¿Lo entiende?

—Sí, lo entiendo. Es que, al no avisar, así de golpe... no me lo esperaba.

—No se preocupe, le pido disculpas. Julia, ¿cómo se enteró de lo que había pasado? ¿Oyó los disparos? —Maspreu está a punto de intervenir ante la pregunta, pero se contiene. Saben que solo se realizó un disparo, o eso al menos es lo que les ha dicho la policía, y detecta que esa pregunta es un cebo.

—No oí nada... Vivimos en el ático y a Jan le dispararon en la planta baja, en el pasillo del ascensor. No creo que lo hubiese podido oír de ninguna de las maneras.

—¿Y cómo se enteró? Porque creo que usted también llamó a emergencias.

—Sí, verá... El vecino del quinto, un chico joven que vive con sus padres, se encontró a Jan en el suelo y llamó a emer-

gencias. Según los médicos, por suerte no habían pasado más de treinta o cuarenta minutos desde el disparo. Llamó a mi piso desde el interfono del portal y me dijo que bajara, que Jan estaba herido y que bajara. Cuando llegué abajo y me encontré a Jan, llamé al 112, aunque el vecino ya lo había hecho.

—¿Se acuerda de qué ropa llevaba usted puesta cuando bajó?

—Me puse un jersey encima del pijama.

El sargento se toma un respiro. Asiente despacio mientras no deja de mirar a Julia con una expresión acogedora, como el profesor que le dice al alumno con dificultades lo bien que lo ha hecho. Le sorprende el contraste de actitudes que ha mostrado el policía cuando se ha dirigido a él y cuando después lo ha hecho a su hija. Anota mentalmente el nombre de Aballona y lo cataloga como alguien que tener en cuenta, más inteligente de lo que parece a simple vista. Maspreu imagina que ya se han acabado las preguntas y que por fin podrán quitarse de en medio a la pareja de mossos pero, por lo visto, Aballona no ha terminado su espectáculo y le habla directamente a él:

—Señor Maspreu, supongo que son conscientes de que Julia es sospechosa.

—¿Cómo? —habla sin pensar antes lo que va a decir, algo que no le sucede desde no recuerda cuándo, y es consciente de ello en cuanto cierra el interrogante—. Quiero decir, si no me han informado mal, lo que tendrían que estar haciendo es encontrar al ladrón que disparó a mi yerno.

—Y eso es lo que estamos haciendo, efectivamente. Pero esa es solo una de las líneas de la investigación. Nuestro trabajo es no obviar nada, por ridículo que suene.

Por primera vez en todo ese rato es la voz del subinspector Torres la que cobra protagonismo. A las personas en general, y a los policías en particular, hay que escucharles en momen-

tos como esos, en conversaciones incómodas. Ahí es donde se pueden sacar conclusiones sobre sus personalidades, mucho más allá de las primeras impresiones que la mayoría de la gente saca a partir de presentaciones mecanizadas y nada espontáneas. Le parece una voz muy radiofónica, creíble, de las que al expresarse lo hacen con convencimiento y no dan casi nunca pasos en falso. Transmite sin apenas interferencias rectitud y moralidad por todo el ancho de banda, no deja mucho lugar a las dudas. Todo eso es capaz de deducirlo gracias a la experiencia y a su efectiva buena vista, que tan poco le ha fallado en casi cuarenta años. También anota eso en su cerebro: la carrera de ese subinspector deben seguirla de cerca.

—Julia, cuando digo que es sospechosa no quiero decir que en realidad lo piense. —El sargento Aballona vuelve a dirigirse a su hija, otra vez sereno, otra vez convincente. Establece una especie de vínculo de confianza con ella—. Verá, piense en todas esas películas o series que vemos de asesinatos. Lo primero que tenemos que hacer es descartarla. Usted podía saber perfectamente los horarios de su marido. Conoce perfectamente el lugar del asalto. No tuvo que huir, simplemente volver a su casa, deshacerse de la ropa y darse una ducha. Piénselo.

—Pero ¿por qué iba a querer matar yo a mi marido? ¿Y en mi casa? ¿Qué sentido tiene?

—No lo sé. Dígamelo usted.

—Ninguno, no tiene ningún sentido, por Dios... Si quisiera matar a alguien no creo que fuera tan imbécil como para hacerlo en mi casa. —¡Bravo, Julia! Maspreu se enorgullece del brillo en los ojos de su hija, de cómo ha apretado los labios al pronunciar *imbécil*, de cómo ha escupido el resto de la frase con rabia, con decisión—. Y, repito, ¿por qué iba yo a querer matar a Jan?

—La primera opción que se me ocurre, por dinero. Su marido debe tener un seguro de vida y un plan de pensiones tremendo gracias a su trabajo.

Risas. Maspreu y Fontcuberta, que no ha dejado de estar cerca de la conversación todo ese rato, se ríen abiertamente, exageran en la medida de lo posible su carcajada para golpear con ella la osadía de Aballona, que se muestra desconcertado ante tal reacción. Gerard está a punto de decir algo, pero Maspreu le indica con un gesto de la mano que se detenga, que eso es asunto suyo. El primer *jab* de izquierda se lo acaban de dar al sargento con las risas. Es hora de asestarle un directo de derecha que acabe de una vez con ese juego.

—Mire, Abalona. —Maspreu cambia deliberadamente el apellido del sargento, como si al quitarle esa ele le arrebatara cualquier respeto que el policía pudiera creer ganado—, mi hija ya es rica. De hecho, si se mira alguno de esos panfletos del corazón que se han atrevido a publicar algo sobre ellos, verá que todo el mundo piensa que el braguetazo lo pegó Jan.

Uno, dos, tres, cuatro... Los segundos se suceden como la cuenta final del árbitro en el ring. Su contrincante en el suelo, noqueado por el golpe evidente que no ha visto venir, envuelto en la conmoción que provoca saber que se ha cometido el error que no se podía cometer. Observa como Torres, apesadumbrado, está a punto de tirar la toalla desde la esquina del cuadrilátero, negando a cámara lenta de manera casi imperceptible. Pero de nuevo, otra vez, el empecinado contrincante se levanta, mira hacia su rincón y, para su sorpresa, le guía un ojo a su entrenador, como el que da a entender que tiene a su rival donde lo quería sin que nadie sepa si es un suicidio o una fantasmada. Torres retrocede, no quiere saber nada de lo que vaya a pasar a partir de ahora, se lava las manos y le dirige

a Maspreu una mirada que le da a entender que el juego no ha acabado.

—Bien, pues si no es por dinero, solo me queda el tema sentimental. Jan podía tener una aventura y Julia descubrirlo. O Julia podía tener una aventura con alguien y decidieron acabar con Jan.

—Me parece que ya están ustedes dando palos de ciego, subinspector Torres. —Maspreu se relaja, por un momento ha temido algo distinto, algo del todo inesperado. Pero ese camino es ridículo. Así que decide terminar la conversación.

—Yo no lo creo, señor Maspreu.

—¿Perdón? ¿Me está diciendo que secunda todas las sandeces del sargento?

—No es que las secunde, pero no ha dicho nada fuera de lugar.

—¿Con quién coño iba yo a tener una aventura?

El grito de su hija los calla a todos, que la miran con cierto desconcierto. Los puños cerrados, apretados, pegados a los muslos, los nudillos blancos de la rabia, la tez casi encarnada, furibunda. Se ha dirigido directamente a Aballona, odio puro que surca el espacio que los separa en los dos extremos del corro desde el que se observan. Las miradas de Gerard, Torres y la suya propia siguen ese odio y saltan de su hija al sargento, que de manera increíble permanece tranquilo, con una sonrisa sarcástica que asoma por una punta de su boca.

—Con la única persona que le podría facilitar un arma irras-  
treable de un calibre que ya nadie usa: con Gerard Fontcuberta.

En lo que dura el camino de vuelta al coche, Torres apenas le ha devuelto una sola mirada. En parte porque no ha querido y

en parte porque camina a un ritmo al que su cojera, ahora llevadera por el fentanilo que ya rinde al máximo, le cuesta seguir. No le culpa, se ha liado una buena. Ha tenido que venir personal del hospital a disolver la bulla. Sabía que la afirmación de que Julia y Gerard estaban liados podía levantar ampollas. Por eso precisamente la ha hecho, para comprobar las reacciones de ambos ante la sorpresa. Se puede saber si una persona miente de muchas maneras, pero desde que los policías son policías, la mejor es ver la reacción ante la sorpresa. Siempre que el ojo que mira esté entrenado, por supuesto. Y el ojo de Aballona está muy entrenado. También el de Torres. El problema ha sido que no se esperaba la reacción furibunda de Fontcuberta. Creía que sería un tipo más contenido, menos irascible. Si no llega a ser por la rápida reacción de Álex, la cosa se habría puesto muy fea. Hace un año no habría necesitado que le salvaran el culo. Siempre se desenvolvió bien en el arte de reducir a quien quería atacarlo de alguna manera. Daba igual que el atacante fuera más alto, fuerte o joven. La sangre fría, los reflejos y el conocimiento de la técnica siempre estuvieron de su parte. Pero hoy habría sido distinto. Si Álex no llega a coger ese brazo derecho que venía como un mazo a hundirle la cara se lo habría comido con patatas. Con puré de patatas, que es lo único que habría podido masticar después de que le saltaran los dientes. Lo que le preocupa no es que no lo haya visto venir. Lo ha visto venir perfectamente, casi en cámara lenta. El problema es que no ha sabido reaccionar. Eso es lo que ahora mismo le preocupa. Eso y que a Álex se le pase el mosqueo y le vuelva a dirigir la palabra. Porque tienen varias cosas que comentar referentes al caso.

—Muchas gracias, Álex. —Son las primeras palabras que se le ocurren una vez se abrochan los cinturones de seguridad del BMW.

—Me cago en tu padre, Adur. —Respuesta y silencio posterior, que lo que quiere decir es «currátelo más, cabrón, que me has puesto de muy mala hostia».

—Álex, sabes que era necesario.

—Necesario mis cojones. No me jodas, Adur. No era necesario soltar esa bomba en la cara de Maspreu, ¡joder!

—Sí lo era.

—¡Que no, te estoy diciendo! —Cada vez que Torres abre la boca es para subir el tono, por lo que Aballona decide cambiar un poco el enfoque.

—A ver, intentemos calmarnos. Dime, por favor, por qué no era necesario soltar esa acusación.

—Sabes perfectamente por qué, mamón.

—No, no lo sé, me gustaría que me lo argumentaras. Y no quiero tocarte las pelotas, quiero discutirlo como buenos policías.

Parece que las últimas palabras de Aballona surten efecto, porque Torres permanece en silencio durante un rato. Aunque su expresión de enojo persiste, golpea la palanca del intermitente y cambia de marcha con algo de brusquedad, Aballona percibe cómo su superior, antes discípulo, piensa y analiza la situación.

—Maspreu puede tocarnos muy mucho las pelotas, Adur —sentencia al cabo de un par de minutos, pero ya sin rastro de la reciente mala leche.

—No lo va a hacer, Álex.

—Es posible, pero no puedes estar tan seguro.

—Sí puedo estarlo. —Ahora es Aballona el que se toma un solo minuto para tratar de exponer de la mejor forma posible sus conclusiones—. A ver, ¿de qué podemos estar seguros después de la que he liado en el hospital?

—De que Julia y Gerard no están liados ni por asomo.

—Correcto. Aunque me juego lo que quieras que a él sí que le gustaría estarlo. ¿No crees?

—Sí, fijo. A Fontcuberta le gusta Julia sí o sí.

—¿Sabemos si está casado? No le he visto alianza.

—No tengo ni idea. Pero eso lo averiguamos sin problemas. A mí me ha parecido el típico niño rico soltero cuarentón que vive por y para sus conquistas quincenales.

—Vale, puede ser, perdona, Álex, que creo que nos estamos desviando del tema. ¿Estamos de acuerdo en que no hay aventura alguna entre la mujer y el amigo de Samper?

—Estamos de acuerdo.

—*Okey*. Por lo tanto, Maspreu habrá llegado exactamente a la misma conclusión que nosotros: que su hija y el amiguito no están liados y que no han confabulado para matar al yerno.

—Sí, es posible.

—Es posible, no. Seguro. Ahora dime: ¿crees que a Maspreu le conviene quejarse a nadie de que el subinspector que lleva el caso y el sargento cabrón que lo acompañaba han acusado a su hija del ataque a su yerno? ¿Qué dirá? ¿Estos dos policías me han molestado, han acusado a mi hija y ahora creen que es inocente?

—Es verdad, no tiene motivos. Pero, igualmente, si cree que le hemos faltado al respeto, a él o a su hija, puede hacer que me caiga una buena. Que este tío es muy cabrón...

—¡Bah! —Aballona acompaña la interjección con un claro gesto de menosprecio con la mano izquierda—. En serio, no te preocupes. No va a hacer ni decir nada. Es demasiado inteligente. Un millonete de tres al cuarto podría quejarse y cagarla. Pero este tío, no. Lo que ha pasado hoy es una victoria táctica desde su punto de vista. Y cuando ganas una partida, no tienes porqué volver a jugarla.

Torres no añade nada. Aballona es consciente de que lo ha convencido. Tampoco tiene tanto mérito. Álex habría llegado a esas mismas conclusiones en cuanto se le hubiese pasado el enfado. Es decir, lo único que ha hecho Aballona es hacerle ganar tiempo. Y dejar su imagen más o menos limpia. A Adur le chisporrotea algo en su cerebro, un aviso, un toque de atención. ¡Será cabrón! Una sonrisa macarra se le aparece en el lado derecho de la cara, hacia la ventanilla del coche, para evitar que su alumno más aventajado la perciba.

—Muy bien, subinspector Torres. Llegados a este punto, creo que ya puedes darme las gracias.

—¿Las gracias? ¿Y por qué tendría que darte las gracias después del pollo que has montado?

—Porque además de la mierda de motivos que me has dado cuando íbamos hacia el hospital, tú hoy me querías aquí precisamente para lo que he hecho: llevar la situación al límite para sacar conclusiones. Y si podía ser sin mancharte las manos, mejor que mejor. ¿Verdad que sí, cabronazo? —La sonrisa de Aballona ya es irrefrenable y domina toda su cara.

—Me declaro culpable, señoría. —El rostro de Álex se transforma y adopta el mismo tono distendido y risueño de su copiloto, que da a entender bien a las claras que gran parte del reciente enojo no ha sido más que una brillante interpretación—. Muchas gracias, Adur. De verdad.

—Es igual, no tienes que dárme las. Gracias a ti, compañero. Me lo he pasado de puta madre.

Sus oídos despiertan unos segundos antes de que lo hagan los párpados. Dos voces dialogan a los pies de su cama en un volumen tan bajo que casi no las entiende. Mantienen una discusión

intranquila que llena el ambiente de nervios. Jan decide mantener los ojos cerrados y escuchar con atención. No sabe bien por qué, pero se convence, guiado por el instinto, de que toda la información que obtenga puede serle útil en el futuro. Un futuro ahora mismo deslocalizado en el tiempo, que puede ser inmediato o a muy largo plazo. Un futuro que puede resultar intenso o que puede no ocurrir jamás, como su pasado más reciente.

Una de las voces está muy excitada y la otra intenta calmarla. La nerviosa es la de Gerard. La voz más serena que intenta domar a la primera es la de su suegro. Le ha costado más tiempo del necesario ponerles cara debido a los cuchicheos continuos, pero conoce demasiado bien a esas dos personas como para no conseguirlo.

—¿Qué se ha creído ese hijo de puta?

—Calma... Gerard, cálmate...

—No me digas que me calme, Arnau, joder.

—Sí, sí te lo digo. Y te vas a calmar. No tiene sentido que sigas enojado. Ha pasado ya media hora. Tiempo suficiente para que te hayas calmado un poco. Y no quiero que despiertes a Julia, Gerard. Bastante le ha costado tranquilizarse después de las sandeces que ha dicho ese tal Aballona. Y bastante mal lo ha pasado estos días como para que ahora que Jan empieza a estar bien seamos nosotros los que la desquiciemos. Te recuerdo que la ofendida es ella, no tú.

—¿Cómo que yo no soy el ofendido? Me cago en todo, Arnau. ¿Cómo que no soy yo? Ese cabrón me ha acusado a mí de querer matar a Jan, ¡joder!

—A ti y a Julia, sí. Y de tener una aventura. No tienes que preocuparte por eso, ¡estúpido! Ha quedado suficientemente claro que no es verdad. El número que habéis montado ahí fuera ha sido lo mejor que podía habernos pasado hoy.

—¡Mierda, Arnau! Vamos fuera a hablar de todo esto.

—No voy a ir afuera, voy a estar aquí por si Jan despierta ahora que Julia duerme. ¡Y cállate de una maldita vez o vete al banco a hacer ver que trabajas!

Silencio. Jan percibe como la habitación se le queda pequeña a las pisadas de Gerard. Un ligerísimo resbalar de la suela de piel por aquí, un pisar algo más fuerte de lo normal con la tapa de goma del tacón por allá. Son nervios, intranquilidad, aceleración, incertidumbre... Gerard transmite un montón de sensaciones mezcladas, pero tiene la impresión de no percibir bien la que predomina. Preocupación es lo que emana de Arnau. Y la sangre fría habitual. Curiosidad es lo que siente él mismo ante lo que parece el origen de toda esa conversación: la posibilidad de que su mujer y Gerard le hayan puesto los cuernos y hayan querido matarle.

Abre los ojos despacio para asegurarse de que tendrá la vista plenamente acostumbrada a la luz cuando se decida a hablar. Quiere que al dirigirse a ellos les pueda pillar por sorpresa, ver las caras que pondrán al saber que parte de lo que han hablado ha sido escuchado por alguien más. La primera imagen que procesa su cerebro es la de Julia dormida en la butaca, al lado de la cama. El codo derecho, afianzado en el brazo del asiento, permite que su cara repose en el dorso de la mano, en una postura incómoda que tensa demasiado la musculatura del esbelto cuello y de la parte superior de la espalda, la cabeza medio caída. Seguro que a base de repetir ese equilibrio inestable día tras día le vuelven las incómodas contracturas. La cara apretada, la boca mal cerrada en una mueca de la que es posible que tarde o temprano caiga un fino hilillo de babas. Pese a la incomodidad que transmite, encuentra a Julia muy hermosa. En este día y medio que corre desde que recuperó la conciencia, le ha parecido algo

más delgada de lo que ya estaba. Los pómulos más marcados, las mejillas más próximas entre sí, como si un hilo tirara de ellas por dentro de la boca. Las clavículas un poco más salidas, los pechos algo más pequeños. Unas cosas un poquito más y otras un poquito menos. De esos cambios que uno no percibe en el continuo del día a día, pero que sí consigue captar cuando compara fotografías separadas por dos años de vida. No la encuentra más guapa por parecerle más delgada. Es otra cosa, es la forma de ser. Como si la Julia de ahora no fuese la misma de antes de casarse. La de ahora más serena, más madura. Como si de golpe y porrazo los separaran menos años de los que los separaban antes. Claro que, si lo piensa, es exactamente así. Como consecuencia de su amnesia, Julia ha recortado en dos la diferencia de edad que tenían.

—De hecho... Se me está ocurriendo algo... —Vuelve la voz de Arnau justo antes de que Jan decida despertarse de manera oficial—. Ese Aballona puede venirnos muy bien. ¿Lo conocías de antes?

—Sé quién es. Fue olímpico en tiro con pistola. Hace años. Ya sabes que en casa somos aficionados al...

—Vale, vale, calla. No, no es eso lo que te estoy preguntando. ¿Hoy ha sido la primera vez que lo has visto? En el caso de Jan, me refiero.

—Sí, la primera. ¿Por?

—Tengo la sensación de que el subinspector Torres ha tirado de él para que hiciese justo lo que ha hecho. Hacernos las preguntas que ningún policía, tampoco él mismo, se había atrevido a hacernos todavía.

—¿Por qué iba a hacer eso?

—Porque si Torres fuese mucho menos listo habría sido él el que habría insinuado esa posibilidad. Y si yo fuera tú, nada más

irse habríamos llamado al Conseller que toque para que este llamara al comisario correspondiente para que alguien adecuado le echara la bronca al subinspector.

—¿Y por qué no lo hacemos? Es lo que se merece.

—Porque ni Torres es estúpido ni, por suerte, yo soy tú. —Jan recrea a la perfección en su mente la cara de superioridad intelectual con la que Arnau debe haber dicho esas últimas palabras. Ese «no tienes ni puta idea, chaval» que nunca saldrá por su boca pero que tan bien transmite cuando alguien no le sigue a la misma velocidad. También visualiza la cara de bobo que debe tener Gerard al darse cuenta de que, efectivamente, su intelecto compite en otra liga muy inferior a la de Maspreu.

—¿Todo eso en qué puede venirnos bien? —Le resulta casi enternecedor el intento de su amigo por borrar el último desprecio y recuperar el hilo de la discusión.

—En que creo que el sargento Aballona no está asignado en modo alguno al caso. De hecho, es posible que esté de baja. ¿Te has dado cuenta de que cojeaba al irse? ¿Y de que la ropa le iba grande?

—No, no me he fijado, la verdad. Sí que lo recordaba mucho más corpulento, pero ahora debe tener cincuenta años por lo menos. No des más rodeos, Arnau, por favor. Dímelo o no me lo digas, pero no me tengas dando vueltas como si fuera un perrito.

—Voy a hacer unas llamadas para saber algo más de Aballona. Me ha dado la impresión de que es un buen sabueso. Veremos si por un módico precio podemos hacernos con sus servicios.

—¿Quieres comprarlo?

—No. Lo que quiero es contratarlo para que investigue para nosotros.

—Jan, amor, ¡estás despierto! ¿Cómo te encuentras? —Concentrado en entender todo lo que decían Arnau y Gerard, la

imagen de Julia se le había desenfocado por completo y no se ha dado cuenta de que ella también se despertaba.

Ya no tiene sentido fingir más. Sonríe y se despereza sonoramente. Alarga un brazo hacia el techo y lo tensa al máximo, le da la otra mano a Julia. Se sonríen. Jan se incorpora, se vuelve hacia las otras dos personas que están en la habitación y decide probar suerte, a ver qué cara ponen:

—¿Qué es lo que no quieres comprar, Arnau?